

d e b a t e

El adolescente y el mundo actual

Arminda Aberastury*

A partir de principios de siglo, la adolescencia fue motivo de continuos estudios que progresaron desde considerar solamente los problemas surgidos del despertar de la genitalidad hasta el estudio de las estructuras de pensamiento que ubican al joven en el mundo de valores del adulto. La psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, intentaron comprender y describir el significado de esta crisis de crecimiento que se acompañaba de tanto sufrimiento, de tanta contradicción y de tanta confusión. La sociología y la psicología social arrojaron luz sobre el problema y permitieron vislumbrar la solución de algunos de sus problemas intrínsecos. En estas páginas hablamos tanto del joven en crecimiento y sus problemas como del impacto que produce este crecimiento en el ambiente adulto y en la sociedad adulta, y de las trabas que oponen a este crecimiento y a las modificaciones que implica.

¿Cuáles son los motivos para que la sociedad no modifique sus rígidas estructuras y se empeñe en mantenerlas aun

cuando el individuo cambia? ¿Qué conflictos conscientes o inconscientes hacen que los padres ignoren o no comprendan la evolución del hijo?

El problema muestra así otra cara —escondida hasta hoy bajo el disfraz de la adolescencia difícil—: es la de una sociedad difícil, incomprensiva, hostil e inexorable a veces frente a la ola de crecimiento lúcida y activa que le impone la evidencia de alguien que quiere actuar sobre el mundo y modificarlo bajo la acción de sus propias transformaciones.

El signo que caracteriza esta etapa es, desde el punto de vista del individuo, la necesidad del joven de entrar a formar parte del mundo del adulto, y los conflictos que surgen tienen su raíz en las dificultades para ingresar en ese mundo y en las del adulto para dejar paso a esa nueva generación que le impondrá una revisión crítica de sus logros y de su mundo de valores.

Literalmente, adolescencia (latín, adolescencia, *ad*: a, hacia + *olescere*: forma incoativa de *olere*, crecer) significa la condición o el proceso de crecimiento. El término se aplica específicamente al período de la vida comprendido entre la

* Arminda Aberastury *et al.*, *Adolescencia*, Editorial Kargieman, Buenos Aires, 1978.

pubertad y el desarrollo completo del cuerpo, cuyos límites se fijan, por lo general, entre los 13 y 23 años en el hombre, pudiendo extenderse hasta los 27 años.

Si bien suele incluirse a ambos sexos en el periodo comprendido entre los 13 y los 21 años, los hechos indican que en las adolescentes se extiende de los 12 a los 21, y en los varones de los 14 a los 25 años en términos generales.

El crecimiento y las modificaciones de su cuerpo al llegar a la pubertad —(latín, *pubertas*, de *pūber*: adulto) capacidad de engendrar— imponen al adolescente un *cambio* de papel frente al mundo exterior, y el mundo externo se lo exige si él no lo asume. Esta exigencia del mundo exterior es vivida como una *invasión* a su propia personalidad. Aunque él no quiera —sobre todo el adolescente que cambia de golpe—, se le exige como si fuese un adulto, y esa exigencia del mundo exterior por lo general lo conduce —como defensa— a mantenerse en sus actitudes infantiles.

La característica de la adolescencia es que el niño, quiera o no, se ve obligado a entrar en el mundo del adulto; y podríamos decir que primero entra a través del crecimiento y los cambios de su cuerpo y mucho más tarde de sus capacidades y sus afectos. Es muy frecuente que a los 16, 17 o 18 años se muestren muy maduros en algunos aspectos, pero paradójicamente inmaduros en otros. Esto surge por un juego de defensas frente a su nuevo papel y frente al cambio corporal que es vivido como una *irrupción* incontrolable de un *nuevo esquema corporal que le modifica su posición frente al mundo externo y lo obliga a buscar nuevas pautas de convivencia*. Lo que ha aprendido como niño, en aprendizaje y en adaptación social, ya no le sirve. El mundo externo y él mismo exigen un

cambio en toda su personalidad. Frente a esta *invasión* la primera reacción afectiva del niño es un *refugio en su mundo interno*; es como si él quisiera reencontrarse con los aspectos de su pasado para poder enfrentar después el futuro.

Si se *aleja del mundo exterior y se refugia en el mundo interno* es para estar *seguro*, porque en todo el crecimiento existe un impulso hacia lo desconocido y temor a lo desconocido. Ese refugio en la infancia se debe no solamente a que le cueste hacer el *duelo* de la infancia, sino que la infancia misma es lo que él conoce. Su papel frente al ambiente inmediato, o frente a la escuela, frente a las bandas de compañeros, es un papel de niño, al cual él ya estaba adaptado desde muchos años atrás.

Prima en ese momento una actitud crítica frente al mundo externo y a los adultos en general; él no quiere ser como determinados adultos que rechaza con violencia y elige en cambio un ideal. El mundo interno que ha ido desarrollando a través de toda su infancia, identificándose con aspectos de sus padres, maestros o figuras sustitutivas de ambos, le servirá de puente para reconectarse con un mundo externo que es nuevo para él, a consecuencia de su cambio de *status*. El duelo por la infancia y por los padres de la infancia involucra al yo y al mundo externo. “No soy un niño, yo mismo he perdido mi condición de niño; mis padres son los padres de un adulto y yo tengo que comportarme como tal, como mi cuerpo, mi mente y la sociedad me lo exigen.”

Es por eso que otro de los problemas centrales del adolescente es la búsqueda de su identidad. Todos estos problemas son más graves actualmente; vivimos en un mundo en el que la tensión y la ansiedad creadas por la acumulación de los medios de destrucción representan una

amenaza permanente y sabemos que la estabilidad es el clima necesario para que un ser humano se desarrolle normalmente. Necesitamos, hoy más que nunca, recurrir a todos los conocimientos sobre el hombre y aplicarlos para encontrar la mejor forma de contrarrestar esta angustia de hoy que al reforzar el temor a la muerte incrementa la que surge del crecimiento mismo.

En la formulación de las medidas para una higiene mental del adolescente —aunque la adolescencia tiene el carácter universal que hemos señalado— deben admitirse caracteres propios y por lo tanto medidas específicas en los distintos medios sociales y en especial en sociedades como las latinoamericanas, que están sufriendo, en diversos grados, una transformación: de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, técnica e industrializada, o de un mundo rural a la adaptación de los avances del industrialismo y de la urbanización.

El adolescente y la sociedad

La inserción en el mundo social del adulto —con sus modificaciones internas y su plan de reformas— es lo que va decidiendo su personalidad.

Su nuevo plan de vida le exige plantearse el problema de los valores éticos, intelectuales, afectivos; implica el nacimiento de nuevos ideales y la adquisición de la capacidad de lucha por conseguirlos.

Pero, al mismo tiempo, este proceso supone un desprendimiento: abandonar la solución del *como si*, del juego y del aprendizaje, para enfrentar el *sí* y el *no* irreversibles de la realidad activa que tiene en sus manos.

Es decir, implica un distanciamiento del presente y con ello la fantasía de proyectarse en el futuro y ser, independizán-

dose del ser *con* y *como* los padres.

Todo esto le exige formarse un conjunto de teorías, un sistema de ideas, un programa al cual aferrarse, y también la necesidad de algo en lo que pueda descargar el monto de ansiedad y los conflictos que surgen de su ambivalencia entre el impulso al desprendimiento y la tendencia a permanecer ligado.

Su hostilidad frente a los padres y el mundo en general se expresa en su desconfianza, en la idea de no ser comprendido, en su rechazo de la realidad, situaciones que pueden ser ratificadas o no por la realidad misma. Todo este proceso exige un lento desarrollo donde son negados y afirmados sus principios, donde lucha entre su necesidad de independencia y su nostalgia y necesidad de reaseguramiento y dependencia.

Sufre crisis de susceptibilidad y de celos, exige y necesita vigilancia y dependencia, pero sin transición surgen en él el rechazo al contacto con los padres y la necesidad de independizarse y de huir de ellos.

La calidad del proceso de maduración y crecimiento de los primeros años, la estabilidad en los afectos, el monto de gratificación y frustración, y la gradual adaptación a las exigencias ambientales van a marcar la intensidad y gravedad de estos conflictos.

Toda adolescencia lleva, además del sello individual, el sello del medio cultural, social e histórico desde el cual se manifiesta, y el mundo actual nos exige más que nunca la búsqueda del ejercicio de la libertad sin recurrir a la violencia para coartarla. Sin embargo, es en este momento decisivo de la crisis adolescente cuando los padres apelan por lo general a medios de coacción de la libertad; por ejemplo, la dependencia económica.

La prevención de una adolescencia difícil debe ser buscada con la ayuda de

trabajadores de todos los campos del estudio del hombre que investiguen *para nuestra sociedad actual* las necesidades y los límites útiles que permitan a un adolescente desarrollarse hasta un nivel adulto. Esto exige un clima de espera y comprensión para que el proceso no se *retarde* ni se *acelere*. La adolescencia es el momento más difícil de la vida del hombre, y necesita una libertad adecuada con la seguridad de normas que le vayan ayudando a adaptarse sin entrar en conflictos graves con su ambiente y con la sociedad.

El adolescente del futuro

Un dato aparecido en la revista *El Correo* de la UNESCO* encierra dentro de su verdad matemática un pronóstico que aterrará a más de un adulto. Hablando de la juventud, señala que el aumento de la población del mundo a partir de 1960 representa la entrada en escena de una enorme promoción de jóvenes. Se calcula que el número de habitantes entre 15 y 24 años de edad dentro de 40 años, es decir, en el año 2000, habrá aumentado de 519 millones a un billón 128 millones.

Ya puede predecirse la irrupción de un tan alto porcentaje de jóvenes entre 15 y 24 años, pero no se han adoptado las previsiones sociales necesarias para darles la participación activa de que son capaces y que hoy reclaman.

La invasión que siente el grupo familiar ante la pujanza del adolescente la experimenta también la sociedad, y si no se producen cambios fundamentales en su estructura terminarán por imponerse la violencia y el descontento.

El mundo del futuro tendrá que dar a

los jóvenes, por su fuerza numérica y por ser factores de cambio, un lugar de privilegio en el desarrollo económico, político y social.

El adolescente busca diferenciarse del adulto, y en su lucha por adquirir una identidad ha elegido a veces caminos distorsionados, como la toxicomanía, la libertad sexual exhibicionista, los cabellos largos u otras formas de protesta contra los engaños y las trampas de la sociedad adulta. La principal reacción de la sociedad da en apariencia razón a los jóvenes que la impugnan: los adultos de hoy proclaman aceptar a los jóvenes, pero en la práctica ven en ellos un mercado y producen en masa vestidos, ropas, discos, espectáculos, tendentes a detenerlos en su desarrollo, a *marcarlos* dentro de la sociedad, dificultando así su emancipación. Cuando el adolescente busca diferenciarse del adulto lo hace mucho más allá de estos signos externos, lo hace en su lucha por la reforma universitaria, por la reivindicación social y política, cuando exige que se le dé una parte activa en las decisiones sobre la formación que ha de recibir.

Son muy pocos los adolescentes que no se interesen por las cuestiones sociales. La gran mayoría las estudia en profundidad y tiene ideas claras y definidas sobre los grandes temas de la humanidad. El adolescente no quiere penetrar en la vida del adulto, quiere prepararse a ser adulto, y mientras tanto en ese proceso de cambio busca la sociedad de sus pares, con los que puede y debe discutir.



* *El Correo*, año XXII, abril de 1969.